

En fin, Bruno, señora,  
es el depositario de Visora,  
y porque guarda al César la cautiva,  
el imperio gobierna, y con él priva.

EMPERATRIZ

Subió el villano presto;  
presto caerá del encumbrado puesto.  
Medios ruines no son escalones  
que sustentan privanzas y ambiciones,  
y más si los derriban  
celos y agravios que en furor estriban.  
Mujer soy agraviada y poderosa;  
para su muerte basta estar celosa.  
Mas ¿qué es esto?

ESCENA VIII

DICHOS, LEIDA, dama, con guitarra, y dos SOLDADOS  
que la conducen prisionera.

SOLDADO 1.º

A tu Alteza  
prisionera presento esta belleza,  
que huyendo de la furia  
que á esta ciudad castiga por su injuria,  
estos montes vagaba  
y sus penas cantando disfrazaba,  
pues con su melodía  
orbes paraba y vientos suspendía.

EMPERATRIZ.

¿Eres música?

LEIDA.

Templo  
males con la paciencia, y al ejemplo  
de los trabajos míos,  
suspendo con acentos desvarios;  
y como es propio efeto  
de la música obrar en el sujeto  
según sus calidades,  
aumentando á tristezas soledades,  
y al contento alegría,  
penas, cantando, á penas añadía:  
que el triste, gran señora,  
mejor entonces canta cuando llora.

EMPERATRIZ.

Si la música aumenta  
la pasión del sujeto en quien se asienta,  
canta envidia y desvelos,  
porque celos aumentes á mis celos;  
crecerá la esperanza  
que tengo, en mis agravios, de venganza.

LEIDA. *(Canta.)* El que buscare ponzoñas  
de tal virtud y poder  
que maten á sangre fría,  
busque celos en mujer.  
El que venganza desea  
contra el olvido y desdén,  
que dan la muerte viviendo,  
busque celos en mujer.  
Quien basiliscos buscare,  
áspides quisiere ver,  
y onzas, hurtados sus hijos,  
busque celos en mujer.

EMPER. Basta, no prosigas más:  
todo aqueño vengo á ser:  
ponzoña, venganza, tigre,  
basilisco y áspid fué  
contra Bruno mi sospecha.  
De mi venganza cruel  
verá efectos, pues que loco  
buscó celos en mujer. *(Váse.)*

ESCENA IX

DICHOS, menos la EMPERATRIZ.

SOLD. 1.º ¿Qué esto? La Emperatriz  
arrojando rayos fué  
por los ojos; si sus perlas,  
llamarlos rayos es bien.

MILARDO. Celos la abrasan el alma,  
y de su infierno cruel  
siento penas inmortales  
en que me abraso también.  
Envidia de la privanza  
en que encumbrado se ve  
este Bruno venturoso,  
en mí muestra su poder.  
Pero canta, Leida hermosa,  
que si la música es  
suspensión de penas tristes,  
las que siento suspenderé.

LEIDA. *(Canta.)* El que en los Principes fia,  
y á la cumbre del poder  
por el favor va subiendo,  
mire cómo asienta el pie.  
Por escaleras de vidrio  
sube el privado más fiel,  
y es fácil cuando decienda  
ó destiñar ó romper.

*(Sale Bruno lleno de memoriales que le  
van dando, y Marción con él, y suspende-  
se oyendo cantar.)*

Aun en el cielo no tuvo  
seguridad Lucifer,  
pues no hubo más de un instante  
desde el privar al caer.  
Efímera es la privanza,  
mudable el más firme Rey:  
hoy derriban disfavores  
al que ensalzaron ayer.

*(Vanse todos cantando, y quedan Bruno  
y Marción.)*

ESCENA X

BRUNO y MARCIÓN

BRUNO. ¡Que mal pronóstico anuncia  
la música que he escuchado  
Del agosto soy privado;  
¿si mi caída pronuncia  
el acento temeroso  
que agora acabo de oír?  
Hoy que comencé á subir,  
¿el caer será forzoso?  
Fuí desdichado en amores;  
por la guerra los dejé;  
á Enrico el cuarto obligué;  
mas mujeres y señores  
son fábricas sobre el viento

porque el amor y privanza  
ponen silla en la mudanza,  
y es peligroso su asiento.  
¡Qué lleno de peticiones  
te ha ocupado la ambición!  
Ayer dabas petición  
al poder, hoy las dispones:  
á tal subir y privar  
presto ser monarca esperas.  
BRUNO. Acertaras si dijeras,  
á tal subir, tal bajar.  
MARC. ¿Pues qué tienes que temer?  
¿Qué recelo hay que te espante?  
BRUNO. ¿Que no hubo más que un instante  
desde el subir al caer?  
¡Oh, riesgo de la ambición!  
¡Oh, peligros de un vasallo!  
MARC. No hay hombre cuerdo á caballo,  
pero tente tú al arzón,  
pues con la carrera arrancas,  
y luego no tengas miedo,  
aunque también yo caer puedo,  
porque en fin voy á las ancas.

ESCENA XI

ENRICO, BRUNO y MARCIÓN

ENRICO. Bruno, como es niño amor,  
no sabe tener sosiego;  
atormenta, como es fuego;  
da priesa, como es furor.  
Al hermoso resplandor  
de Visora cera he sido;  
Icaro soy, que he caído  
del cielo de mi grandeza;  
las plumas de la firmeza  
á su sol se han derretido.  
¿Parécete que pretenda,  
mis tormentos dilatando,  
sus favores obligando,  
y que entretanto me encienda,  
ó que enamorado ofenda  
leyes de la cortesía,  
y gozándola este día,  
aunque obligaciones tuerza,  
muestre al mundo que no hay fuerza  
en poder ni en monarquía?  
BRUNO. Gran señor, el dar consejos  
es de la privanza oficio,  
y el estar en tu servicio  
puede suplir años viejos.  
Los Principes son espejos  
del mundo, y tú en el sagrado  
solio imperial asentado,  
es razón que alumbres más:  
¿por qué luz después darás,  
si eres espejo quebrado?  
Visora al fin es mujer,  
que, aunque cautiverios llora  
y su muerto padre agora,  
después [te] vendrá á querer.  
La justicia en el poder  
su conservación confía;

<sup>1</sup> Así en el original; parece debiera decir: «pues  
qué luz...», etc.

ampara la monarquía  
la nobleza y opinión,  
porque el poder sin razón  
más parece tiranía.  
Aunque eres Emperador,  
no has de usar, en cuanto amante,  
del poder siempre arrogante:  
que ruegos vencen á amor.  
Sirve, no en cuanto señor,  
sino como enamorado;  
ruega y regala humillado,  
si al desdén quieres vencer,  
que no es árbol la mujer  
que ofrece el fruto forzado.  
ENRICO. Si no fueras más valiente  
que eres sabio consejero,  
no debieras al acero  
mi privanza.

MARC. Bruno, tente.  
ENRICO. Persuádesme elocuente  
que no pretenda á Visora  
por fuerza cuando la adora  
el alma que la entregué;  
pero ya, villano, sé  
que en mi ofensa te enamora.  
Suelta la llave que ha sido  
guarda suya, y la ocasión  
de tu privanza.

MARC. Al arcón,  
¡cuerpo de Dios!  
BRUNO. Si ofendido  
estás porque persuadido  
de mi lealtad te aconsejo,  
perdóname, que ya dejo  
desde aquí de aconsejar,  
porque te puedo quebrar  
siendo, gran señor, mi espejo.  
Como la verdad es dura,  
quiebra tal vez el cristal:  
yo, gran señor, hablé mal;  
la lisonjeada ventura  
es blanda, y así asegura  
vidrios siempre delicados.  
Lisonjeros sean criados  
y pastores lisonjeros,  
por humildes, verdaderos,  
y por sellos, despreciados.  
Yo estoy tan lejos, señor,  
de ofenderte, siendo amante,  
cuanto desde aquí adelante  
con recelo y con temor  
de caer de tu favor.  
Goza á Visora y procura  
tu esperanza hacer segura,  
que cuando á tus plantas ven  
el mundo, no será bien  
resistirte una hermosura.

MARC. Eso sí, ¡cuerpo de Dios!  
vistete del mismo paño;  
viva y venza aquí el engaño,  
y medraremos los dos.

BRUNO. *(Aparte.)* Padre, si os creyera á vos,  
mis estudios prosiguiera,  
y en riesgos no me metiera  
del favor y la privanza:  
vuestra maldición me alcanza,  
cuanto justa, verdadera.

ENRICO. Hoy, Bruno, á privar empiezas. Si te quieres conservar, sombra has de ser y imitar en palacio las grandezas. Vuelve á consolar tristezas, que si tu discreción sabe agradarme, el cargo grave gozarás que te di agora. Sácame, Bruno, á Visora; tráela aquí; toma la llave. Pero, detente, que viene la Emperatriz.

BRUNO. *(Aparte.)* ¡Ay, de mí! ¿Que el palacio trata así á quien con honras mantiene? ¿Que tan flaco asiento tiene en él el sublime puesto? ¡Subir y bajar tan presto!

## ESCENA XII

ENRICO, la EMPERATRIZ, BRUNO y MARCIÓN.

EMPER. ¡Gran señor!

ENRICO. Esposa mía.

EMPER. ¿Qué nueva melancolla os entristece? ¿Qué es esto?

ENRICO. *(Ap. á Bruno.)* Si tú obediente cumplíste lo que te mandó mi amor, y necio aconsejador, mis deseos no impedirías, ni mis tormentos creceras, ni á mi esposa alborotaras, haciendo sospechas claras que ha visto en mi turbación.

EMPER. ¿No merece mi afición que me hables? ¿No te declaras?

ENRICO. Entronizar un villano, necio y desagradecido, causa de mi enojo ha sido. Dile indiscreto la mano, subió por el viento vano, y al mismo paso ha de ser fuerza que vuelva á caer: pregúntale lo demás. *(Vase.)*

## ESCENA XIII

DICHOS, menos ENRICO.

EMPER. ¿De aquesa suerte te vas?— Celos tengo, y soy mujer; satisfacellos conviene.—

VEN acá. ¿Por qué ocasión, con tan grande indignación, contra ti enojos previene?

BRUNO. La culpa esta llave tiene, en que me premia y castiga quien al silencio me obliga, que ha de eslabonar mis daños por no creer desengaños: ella la verdad te diga.

*(Da la llave á la Emperatriz y vase.)*

## ESCENA XIV

La EMPERATRIZ y MARCIÓN, que se fin je mudo.

EMPER. ¿Hay tal descomedimiento? Sin responderme se fué:

yo, villano, humillaré vuestro desvanecimiento; presto seréis escarmiento de lo que el favor se muda. Satisfaced vos mi duda, llave, pues que la sabéis; pero cuerda me diréis que sois secretaria muda. Este debe ser criado del arrogante extranjero; saber dél la causa quiero por qué Enrico va indignado.

MARC. *(Ap.)* ¿No es bueno, que me he quedado en el potro, donde dudo decir, aunque no desnudo, la maraña desta danza?

Todo este mundo es mudanza: por Dios que he de hacerme mudo.

¡Hola!

EMPER. *(Ap.)* Ya empieza á olearme: desahuciado debo estar.

EMPER. ¿Quién sois?

MARC. *(Ap.)* Oír y callarme, si es que pretendo escaparme.

EMPER. No temáis; llegad á hablarme.

MARC. ¿Servís á Bruno?

MARC. *(Ap.)* Diré por señas que no lo sé, ni lo que me dice entiendo.

EMPER. ¿No me respondéis?

MARC. Pretendo de mi lealtad dar hoy fe.

EMPER. ¿Qué tiene el Emperador?

MARC. ¿Por qué se partió severo?

EMPER. ¿Qué llave es esta?

MARC. *(Ap.)* El primero que sirve y no es hablador, he sido.

EMPER. ¿Acaso es traidor con el César vuestro dueño?

MARC. ¿No me respondes si sueño?

EMPER. ¿Sois mudo? Dice que sí.

MARC. Mas mudo en tal traje aquí, ¿es ó no?

MARC. *(Ap.)* Cielo risueño, lleva mi engaño adelante, y sácame deste aprieto.

EMPER. Éste me encubre el secreto con engaño semejante; mas no pasará adelante su cautelosa afición.

MARC. ¡Hola!

EMPER. Tres con esta son las oleadas: ¿qué mar te pudiera hacer tragar tantas olas, di, Marción?

MARC. Tres con esta son las oleadas: ¿qué mar te pudiera hacer tragar tantas olas, di, Marción?

## ESCENA XV

DICHOS, y MILARDO con algunos SOLDADOS.

MILAR. ¿Llama vuestra Majestad?

EMPER. Sí, Milardo. Aqueste mudo, de cuyas cautelas dudo, de un pino al punto colgad.

MARC. *(Ap.)* ¡Cuerpo de Dios! Lengua, hablado y molamos de represa. *(Hablando.)*que yo entre penas y llanto de menosprecios me anego. *(Vase.)*

## ESCENA XVI

MILARDO, MARCIÓN y SOLDADOS.

MILARDO. ¡Oh, llave de mi esperanza, remedio de mi temor, premio justo de mi amor, y de mi envidia venganza! Perdona el Emperador, que si su vasallo fui, amor, que es Dios, puede en mí más; así obedezco á amor. Sacaré la prenda hermosa que mi lealtad atropella; desterraréme con ella, que si la patria amorosa menosprecio por Visora, patria, riqueza y ventura llevaré con su hermosura, y serviré á mi señora. *(Vase.)*

## ESCENA XVII

DICHOS, menos MILARDO.

SOLD. 1.º ¡Lindamente desbucháis! MARC. El temor causar lo pudo. Hacéos vos media hora mudo, veréis después lo que habláis. SOLD. 1.º ¿Hácenlo así los discretos? MARC. Para hinchazón tan odiosa es medicina famosa una gaita de secretos.

## ESCENA XVIII

VISORA, sola.

¿Qué es esto, soberbia mía? ¿Quién os humilló tan presto á las leyes del amor y injurias del menosprecio? ¿Vos de Bruno desdeñada, cuando pagaban deseos de espíritus generosos el ver mis ojos risueños? ¿Yo, ayer de amor simulacro, que á idólatras pensamientos pagaba en desdenes locos, siendo adorada por ellos de un pobre soldado agora menospreciada y á riesgo de que mi fama profane Enrico, amante soberbio? Eso no, imaginaciones; prevenga mi amor primero brasas con Porcia y con Dido espadas que aliente el fuego.

## ESCENA XIX

VISORA y MILARDO.

MILARDO. A daros, Visora hermosa, la libertad que no tengo

Gran señora, á mi me pesa de no haberte respondido. Imágen conmigo has sido de milagros. Digo...

SOLD. 1.º Apriesa

MARC. Que yo me llamo Marción, sirvo de lacayo á Bruno. Fuéle el amor importuno, y por aquesta razón dejó estudios, aunque sabio; dejó amores, aunque ciego; dejó padres, galas, juego, celos, desdenes y agravio. Vino á la guerra, seguile; subió el muro, y ayudéle; venció la ciudad, loéle; honróle Enrico, y servile. Presentóle cierta dama, enamoróse de vella, hízole custodio della, fué mariposa en su llama. Quiso agora forzar, fuéle á la mano mi dueño; esto del privar es sueño; comenzóse á desgraciar. Quitóle el César la llave, temió Bruno el tropezón, mudó cuerdo de opinión, que quien miente, privar sabe. Díjole que hacia muy bien, que pues era Emperador, apretase con su amor. Ayudéle yo también; restituyóle á su gracia; iba á sacar á la moza, pero todo lo destroza si se emperra una desgracia. Salió entonces vuestra Alteza, fué perro del hortelano, vió su amor, Enrico, en vano, dióle su estorbo tristeza, trocó el favor en desdén; fuése, acabóse la historia: aquí gracia y después gloria por siempre jamás, amén. SOLD. 1.º Mudo que habla de ese modo, ¡fuego en él! Callar y huir. MARC. Reventaba por parir, y eché las parias y todo. EMPER. Yo he quedado satisfecha, celosa y desengañada, si con la verdad airada, libre de amor en sospecha. No gozará su esperanza el mudable Emperador, ni el villano intercesor de sus gustos, su privanza. Toma, Milardo, esta llave, goza la ocasión, discreto; saca esa mujer, efeto de mi agravio y peria grave. Lévala de aquí, no viva donde pueda darme enojos, ni hechizar con torjes ojos al César, loca y lasciva. Su jurisdicción te entrego; goza su amor entre tanto

me envía la Emperatriz  
abrasada en vuestros celos.  
Hale declarado Bruno  
el amor que Enrico, ciego,  
os tiene, y que determina  
forzaros torpe y violento.  
Dióle la llave que veis,  
y juntamente consejo  
que os quite la hermosa vida,  
digna de siglos eternos.  
Hanme hecho su ejecutor,  
pero yo, que en solo veros,  
vivo adorándoos, Visora,  
si es vida vivir muriendo;  
si admitis servicios nobles  
y un alma que humilde ofrezco,  
leal á vuestro servicio;  
si agradecéis mis deseos,  
huir con vos determino  
con voluntario destierro,  
y mejorar amoroso  
la corte por el destierro.  
Casarémonos los dos,  
y con el traje grosero  
disfrazaremos las almas,  
de nobles, villanos vueltos.  
No respondáis desdeñosa  
á los nobles pensamientos,  
que en vez de daros la muerte  
os eligen por mi dueño.

VISORA. ¿Bruno aconseja á la Augusta  
que me dé muerte?

MILARDO. Esto es cierto.

VISORA. ¡Oh, bárbaro, mal nacido!  
¿Ya añades á tus desprecios  
nuevos agravios y enojos?  
Satisfaréme, y con ellos  
verás lo que es un amor  
vuelto en aborrecimiento.  
Como á ese ingrato enemigo  
mates, Milardo, primero,  
en satisfacción dichosa  
el alma y vida te entrego.

MILARDO. Pues hoy daré muerte á Bruno.

### ESCENA XX

VISORA, MILARDO y BRUNO que sale.

BRUNO. ¿A Bruno matan; qué es esto?  
VISORA. ¡Traidor, ingrato, villano,  
alma vil en noble cuerpo!  
venganzas son contra injurias;  
castigos contra consejos.  
Si mi muerte deseabas,  
permitieras al acero  
del soldado violador  
cumplir su bárbaro intento.  
¿Porque te quise me matas?  
¿Porque mi opinión defiendes;  
porque desprecio al augusto;  
porque insultos aborrezco?  
BRUNO. ¿Qué dices, Visora bella?  
MILARDO. Las traiciones con que has hecho  
agravio á aquesta hermosura,  
que agora vengar pretendo.

BRUNO. ¡Oh, bárbaro! ¿Tú te atreves  
á injuriarme?

MILARDO. En este acero  
hallarán satisfacciones  
sus agravios y mis celos.

(Meten mano y sale Enrico por una parte  
y la Emperatriz y Marción por otra.)

### ESCENA XXI

VISORA, BRUNO, MILARDO, ENRICO, LA EMPERATRIZ,  
y MARCIÓN.

ENRICO. ¡Traidores! ¿En mi palacio  
desnudáis armas? Prendedlos.

EMPER. ¿Qué voces, señor, son esas?

ENRICO. Dos locos y descompuestos  
á la inmunidad sagrada  
de mi casa.

MILARDO. Yo confieso  
cuan mal, gran señor, he andado;  
mas si castigar excesos  
contra tu fama, merecen  
perdón de mayores yerros,  
Bruno, á quien has confiado  
los despachos del imperio,  
encumbrado en tu privanza,  
y con tu favor, soberbio,  
dentro tu mismo palacio  
con torpes atrevimientos  
quiso gozar á Visora;  
y hubiera llegado á efecto,  
si con la espada en la mano,  
de justa cólera ciego,  
no impidiera desatinos  
traidores y deshonestos.  
Si no basta esta disculpa,  
divide de aqueste cuello  
la cabeza que te ofende.

BRUNO. ¿Qué escucho, piadosos cielos!  
¿Yo intenté tan gran delito?

VISORA. Gran Señor, mi honor le debo  
á Milardo, defensor  
de la joya de más precio.  
Verdad es cuanto te ha dicho.

EMPER. ¿Este es, señor, el sujeto  
tan digno de vuestra gracia,  
célebre con tanto extremo?  
Quien deja vasallos fieles  
por encargar el gobierno  
á un humilde advenedizo,  
la culpa se eche á sí mismo.  
Justas quejas habéis dado  
á mis inocentes celos,  
que satisfacéis confuso  
con vergüenza y con silencio.  
Si en vos, que sois la cabeza,  
tiene el mundo tal ejemplo,  
¿qué espera la cristiandad?  
¿qué harán en ella los miembros?  
Volved, gran señor, en vos,  
y á apetitos deshonestos,  
resistencias generosas  
pongan victoriosos frenos.  
Visora le dé á Milardo  
la mano, en fe que agradezco  
la defensa de su honor,

como salga de aquí luego;  
y quien á vuestra privanza  
subió con tan malos medios,  
derrivad, pues que es indigno  
del favor que le habéis hecho. (Vase.)

### ESCENA XXII

DICHOS, menos la EMPERATRIZ.

ENRICO. Desnudad este villano  
de las insignias, que han hecho,  
cuanto más nobles en él,  
más indignos sus empleos.  
Bástele esto por castigo,  
que si matarle no quiero,  
es por pagar, aunque ingrato,  
su mal empleado esfuerzo.  
Yo os perdono á vos, Milardo,  
este honrado atrevimiento,  
y á Visora por esposa  
liberalmente os concedo.  
Llevalda á vuestros estados,  
y sírvame de escarmiento  
para no fiar de hazañas  
lo que agora experimento.  
Salid de mi corte, vos,  
que quien, su padre ofendiendo,  
fué contra sus canas malo,  
no será para mí bueno. (Vase.)

### ESCENA XXIII

BRUNO, MILARDO, VISORA y MARCIÓN.

VISORA. Así castiga desdenes,  
descortés, ingrato, el cielo.  
Escarmentad en vos mismo,  
si escarmienta nunca el necio. (Vase.)

### ESCENA XXIV

BRUNO, MILARDO y MARCIÓN.

MILARDO. En tres días de privanza,  
Bruno, serviréis de ejemplo  
al mundo. Presto subisteis;  
no es mucho que caigáis presto.  
Revolved otra vez libros,  
y estudiad, Bruno, de nuevo  
derechos que os hagan sabio,  
que en privanzas no hay derechos. (Vase.)

### ESCENA XXV

BRUNO y MARCIÓN.

MARC. ¿Qué privanza terciánaria  
es esta, señor? Tornemos  
(pues á tres va la vencida)  
desde el principio este juego.  
Privado eres de alquitar;  
quien te vió dando gobiernos  
en aqueste triunvirato,  
y agora quedarte en pelo,  
dirá que eres rey de gallos,  
que en los tres días de antruejo  
triunfaste, y ya te desnuda

el miércoles ceniciento.  
Triangulada es tu ventura,  
para bonete eres bueno,  
de tres esquinas: señor,  
voime á buscar amo nuevo.  
Adios, señor tres en raya,  
que pues contigo no medro,  
quien se muda Dios le ayuda:  
él me ayude, pues te dejo. (Vase.)

### ESCENA XXVI

BRUNO.

¡Oh, sagrados desengaños!  
pues no me curáis el seso,  
curad mi ciega inquietud,  
alumbrad mi entendimiento.  
¡En tres días de privanza  
tanta confusión! ¿qué es esto?  
Fié en hombres; ¿qué me espanto?  
Si crió Dios al primero,  
y de un soplo le infundió  
el alma, animando el cuerpo,  
por fuerza se ha de mudar  
si fué su principio el viento.  
¡Qué confiado dormía  
Jonás, á la sombra puesto  
de una yedra, que secó  
un gusanillo pequeño!  
Yedra es la privanza humana;  
royóla la envidia, y luego  
faltóle al favor la sombra,  
quedé á la inclemencia puesto.  
Dichoso soy; sin razón,  
piadosa deidad, me quejo;  
embosqueme en laberintos  
de lazos y penas llenos.  
Si anduve tres días perdido,  
dichoso llamarme puedo,  
pues la salida he hallado  
de su confusión tan presto.  
No más engaños de amor,  
no más favores soberbios,  
no más principes mudables,  
no más cargos y gobiernos.  
Peregrino he de vivir,  
y pregonar escarmientos  
por el mundo á los mortales;  
conmigo el ejemplo llevo.  
Quien desengaños buscare,  
mercader soy que los vendo,  
pues el mayor desengaño  
puede en mí servir de ejemplo.

## ACTO TERCERO

### ESCENA PRIMERA

ROBERTO, LUCIO y FILIPO, estudiante.

ROBERTO. ¡Notable ingenio!  
LUCIO. ¡Espantoso  
mónstruo es Bruno en todas ciencias!  
ROBERTO. Con exceso se llevara  
la cátedra, aunque con ella  
se llevara la tñara.  
FILIPO. No hay quien le haga competencia.

LUCIO. A su maestro Dion,  
con ser águila en las ciencias,  
se aventaja aqueste monstruo.

ROBERTO. Así él mismo lo confiesa,  
y como ha caído malo,  
y la muerte se le acerca,  
que á su cátedra se oponga  
me han dicho que le aconseja.

LUCIO. Es Dion un grande santo;  
á Dios goza acá en la tierra;  
llórale todo París,  
que dél maravillas cuentan.

ROBERTO. En fin, ¿á la oposición  
se hallan el Rey y la Reina  
de Francia?

LUCIO. Quieren honrar  
á Bruno, y por experiencia  
ver lo que la fama á voces  
de su mucho estudio cuenta.

FILIPO. Si lee cátedra de Prima  
y es canónigo en la iglesia  
de París, no será mucho  
que lleve una mitra.

ROBERTO. Y sea  
la de arzobispo de Remes,  
ó un capelo le engrandezca.

LUCIO. Los Reyes y los doctores  
salen al acto.

ROBERTO. A mi cuenta  
está un argumento.

FILIPO. Todos  
delante la Real presencia  
argüiremos, aunque Bruno  
nos concluya y nos convenza.

## ESCENA II

DICHOS. Bruno, de clérigo, MARCIÓN, de gorrón, MARCELA y LAURA, damas, de estudiantes.—EL REY, LA REINA, doctores y estudiantes de la Universidad.

(Tocan música. Los Reyes se colocan en un sitial. Bruno en una silla, y delante un bufete con unas conclusiones. Los doctores y estudiantes siéntanse en un banco, y en otro Marcela, Laura y Marción. Levántase Bruno, y siéntase luego al empezar.)

BRUNO. Cuestión antigua y reñida,  
con no pocas competencias,  
es, cristianísimos Reyes,  
amparo de la ley nuestra,  
entre sabios y soldados  
sobre cuál profesión sea  
mayor en nombre y en fama,  
ó las armas ó las letras.  
No me atreveré á mostrar  
cuál de los dos lo merezca,  
por no ofender á la una,  
aunque en cátedras y guerras  
seguí entrambas profesiones,  
que respeto en la grandeza  
del cristianísimo Rey  
la espada, noble defensa  
de la fe por tantos siglos;  
mas diré por cosa cierta  
que letras y armas se hermanan,

y sólo se diferencian  
en que las armas se ayudan  
de las corporales fuerzas,  
como las letras del alma,  
pues unas y otras pelean.  
Las armas son instrumentos  
belicosos, que sujetan,  
mediante el valor invicto,  
materiales resistencias:  
las letras, con argumentos,  
silogismos y entimemas,  
que convencen el discurso  
y la más noble potencia.  
Este al presente me toca,  
puesto que temblar pudiera  
delante la Majestad  
y soberana grandeza  
de los Católicos Reyes;  
mas si el argüir es fuerza  
donde el ánimo acredita  
y donde el temor alienta,  
en la oposición que he hecho  
á la cátedra suprema  
de la sacra Teología,  
que está vaca en las escuelas,  
por no volver las espaldas,  
el mantener será fuerza  
los puntos que me han cabido,  
aunque pobre en suficiencia.

(Levántase y descúbrese.)

Y así, Sacras Majestades,  
luz de la sangre francesa;  
Rector, maestro decano,  
digno de memoria eterna;  
insigne Universidad,  
donde viven en su esfera  
las Musas y las Virtudes,  
el saber y la elocuencia:  
proponiendo mi cuestión  
en nuestra lengua materna,  
porque mejor la perciba  
la Reina, señora nuestra,  
digo en el punto asignado  
y escogida controversia,  
que es, si puede la criatura  
ver de Dios la eterna esencia,  
con su virtud propia sola,  
y si hay naturales fuerzas  
que á ver en Dios sean bastantes  
la beatífica presencia.  
Ciertos filósofos hubo  
en la platónica escuela  
que ser posible afirmaron  
ver de Dios la esencia eterna  
una criatura finita  
en esta vida; que tenga  
virtud un hombre mortal  
en sí para comprendella.  
Deste error blasfemo y loco  
dan á Eudomio por cabeza,  
de quien eudomios se llaman  
los que siguen esta secta.  
Así lo refieren muchos,  
como son: Pselo y Nicetas,  
San Gregorio Nazianceno,  
Crisóstomo, *Homilia tertia*,  
de incomprendibilidad

de Dios, y otros mil que en Grecia  
se opusieron valerosos  
contra sus plumas perversas.  
Siguiéron estos errores  
después con bárbaras lenguas,  
Beguardo, Beguino y otros,  
con que en Alemania siembran  
ponzoñosas herejías,  
que ya condenadas quedan,  
conforme una Clementina  
del concilio de Viena.  
Y entre otras autoridades  
que puedo traer con ella,  
basta alegar á San Pablo,  
sol claro de nuestra Iglesia,  
que escribiendo á Timoteo,  
en la epístola primera  
y en el capítulo sexto,  
dice de aquesta manera:  
«Dios habita eternamente  
luz inaccesible, eterna,  
la cual ningún hombre vió,  
ni es posible pueda verla.»  
Dejando, pues, este error  
como herético y sin fuerzas,  
pues ya no hay tan loco ingenio  
que le apadrine y defienda,  
digo, que afirmaron otros,  
puesto que con agudeza,  
(distinción cuarenta y nueve  
del cuarto de las sentencias,  
al número veinticuatro,  
question segunda y tercera),  
que aunque Dios no puede verse,  
por ser sol de luz inmensa,  
conforme á la orden común  
de nuestra naturaleza;  
porque según este orden  
nadie es posible le entienda,  
si con sentidos corpóreos  
primero al alma no entra,  
y siendo espíritu puro  
de Dios la divina esencia,  
no hay sentido que le alcance,  
por no tocar á su esfera.  
Con todo eso, realzando  
nuestra natural flaqueza  
(según el orden de gracia)  
la Divina Omnipotencia,  
puede una pura criatura  
alcanzar la inteligencia  
de Dios, y en mortales lazos  
ver la soberana esencia.  
Esta opinión es de Scoto,  
sobre la parte tercera  
de la distinción catorce  
questione prima; y se prueba,  
porque toda facultad  
y cognitiva potencia  
que de algún modo termina  
al objeto su agudeza,  
quitado el impedimento  
extrínseco, que estorbo era  
para producir el acto  
y efecto que nace della,  
luego al momento obra fácil;  
*sed sic est*, que á la potencia

del entendimiento humano,  
por más finito que sea,  
toca el conocer á Dios,  
pues es su naturaleza  
un objeto inteligible  
que en su latitud se encierra.  
Luego si el impedimento  
de la corpórea materia  
se quita, según la gracia,  
¿no habrá quien á Dios no entienda?  
Pruebo la mayor *asimili*.  
La vista, que en las tinieblas  
no puede ver la color,  
que es su *circa quam materia*,  
luego que sale la luz,  
echando el estorbo fuera  
que impedía sus efectos,  
produce visión perfecta:  
*igitur*, si Dios quitase  
las imperfecciones nuestras  
y el conocer sin especies  
que los sentidos presentan  
su Divinidad, ¿quién duda  
que si *immediate* se viera,  
del entendimiento humano  
ser conocido pudiera?  
Pero todo esto, no obstante,  
mi conclusión verdadera  
es, que no hay pura criatura  
que con naturales fuerzas  
vea la esencia divina,  
la pueda gozar, ni entienda,  
si con la lumbre de gloria  
Dios no realza y eleva  
el criado entendimiento,  
y animando su flaqueza,  
le da celestial valor  
con que hasta su objeto vuelva.  
Esta clara conclusión  
es de fe, según lo prueba  
en el lugar ya citado  
el Concilio de Viena,  
y como tal, admitida  
de la Católica iglesia,  
me excusa de autoridades  
que puedo excusar por ella.  
Pero *ratione probatur*:  
entre el objeto y potencia  
tiene de haber proporción  
natural, medida y cierta.  
Dios es objeto infinito  
de virtud pura y inmensa;  
finito el entendimiento  
humano: luego está fuera  
de la latitud debida:  
luego confesar es fuerza  
que entre nuestra mente y Dios  
no hay proporción verdadera:  
luego para conocele  
es necesario que tenga  
una calidad sublime  
que de suerte le engrandezca  
(mediante su actividad)  
que pueda subir por ella  
á la divina visión,  
que lumbre de gloria sea.  
Otros muchos argumentos

alegara en mi defensa; pero los propuestos bastan, pues para que resplandezca la verdad de mi doctrina, las impugnaciones vuestras, doctores sabios, ilustres, la harán más constante y bella.

MARC. ¡Vitor, Bruno, vive Dios! ¿Qué papagayo pudiera hablar con más elegancia? ¡Vitor, Bruno!

MARCEL. ¡Ay, prima bella! que me hechiza aqúeste hombre con los ojos, con la lengua, con el talle, con la cara, con su gracia, con su ciencia.

LAURA. Todo lo merece Bruno, que es Fénix de la edad nuestra. Calla agora y escuchemos los doctores que argumentan.

(Roberto, en pie y descubierto.)

ROBERTO. Contra vuestra conclusión *habita, primo, licentia a serenissimus regibus de la cristiandad defensa, et a domino rectore et decano, en quien se muestra en iguales paralelos la virtud y la nobleza, et a tota schola in qua en hermosa competencia, resplendent sciencia et virtutes quæ adquirunt famam æternam acutissime Magister, águila de nuestra escuela, este argumento propongo, que parece me hace fuerza. Decís que no puede ver de Dios la naturaleza un entendimiento humano mientras que lumbre no tenga de gloria; pues sic insurgo, inútil es la potencia que no se reduce al acto, como Aristóteles prueba. Luego si á Dios, que es objeto inteligible, no llega la potencia intelectual, por más finita que sea, en vano Dios la crió, y Dios saldrá de la esfera de inteligible, que es cosa absurda. Probo sequelam: Dios no se puede entender de quien con lumbre no venga de gloria; luego es forzoso que inteligible no sea.*

BRUNO. *Arguit sic dominus rector, inútil es la potencia que no se reduce al acto, como el filósofo enseña: concedo este antecedente.*

ROBERTO. Ergo, como á Dios no vea el humano entendimiento, inútiles son sus fuerzas y en balde Dios le crió.

BRUNO. Niego aquea consecuencia.

ROBERTO. Pruébola. Es inteligible Dios; luego en fuerza se entiende no puede el entendimiento humano entenderle: queda, según esto, defraudado de su virtud, ó conceda que no es Dios inteligible.

BRUNO. Respondo desta manera. Nuestro entendimiento humano entiende lo que sus fuerzas alcanzan, no más, que es propio de todo agente y potencia. No puede alcanzar á Dios, cuya latitud inmensa excede infinito y puro nuestra natural flaqueza: luego ¿por eso no es inteligible? Es quimera afirmar tan grande absurdo. El Padre Eterno, que engendra al Verbo de su substancia, entiende su misma esencia, siendo el Hijo sacrosanto el acto y la especie expresa de su intelección divina; luego ya probado queda que es inteligible Dios. Si no tiene el hombre fuerzas para entedelle ¿estará, decid, aquea impotencia en Dios? De ninguna suerte, que es primera inteligencia, sino en nuestro entendimiento, eso sí, cuya flaqueza no alcanza, por ser finito, á la infinita excelencia. Luego es más inteligible de cuantas cosas encierra la máquina que crió. Y porque el hombre le vea, (pues por sí sólo no basta) cria una luz pura y bella, que llaman lumbre de gloria, para que á nuestra potencia de antojos de larga vista sirva, con que alegre llega al sol Dios, de quien depende nuestra beatitud eterna. (Levántase.)

¡Vitor! ¡Vitor!

TODOS. Eso basta.

REY. No se arguya más, pues muestra, Bruno, cuán bien empleada es la cátedra que lleva. De mi Parlamento os hago.

BRUNO. Déle el cielo á vuestra alteza las dos coronas del mundo, pues tan magnífico premia mis merecimientos cortos.

REINA. También corre por mi cuenta el honraros, Bruno sabio.

BRUNO. ¿Qué honra de más grandeza que la de haberos tenido, gran señora, aquí?

REINA. Quisiera que hubiera vaca una mitra que honrara vuestra cabeza. Yo me acordaré de vos.

BRUNO. Pisen las Lunas turquescas vuestras flores de Lis de oro, imperando ambos en Grecia.

(Vanse los Reyes.)

## ESCENA III

Dichos en la escena anterior, menos el REY y la REINA.

ROBERTO. Conmutéis, señor Doctor, la cátedra que se aumenta por regirla vos, en mitra de la más sublime iglesia.

LUCIO. Darne puedo el parabién á mí, por lo que interesa con tal maestro mi dicha.

FILIPPO. Paris de hoy más se renueva, pues por oráculo os tiene.

BRUNO. Ya yo sé mi suficiencia y cuán corteses honráis, señores, mis pocas prendas. Aquí estoy para servirlos.

LUCIO. La universidad espera veros honrando un capelo.

BRUNO. ¿Qué más honra que con ella?

(Vanse los estudiantes.)

## ESCENA IV

BRUNO, MARCELA, LAURA y MARCIÓN.

MARCELA.

Si pueden dar amores parabienes en vez de dar favores, el mucho que os enseño os los da, que aunque en cuerpo tan pequeño, vive un amor gigante que os desea, cual sabio, ver amante.

BRUNO.

No entiendo vuestro enigma.

LAURA.

¿Cuando lleváis la cátedra de prima, que vuestro ingenio exalta, decid, señor, que entendimiento os falta?

BRUNO.

Es facultad diversa la que en amor, no en cátedra, conversa.

MARCELA.

¡Ay, Bruno! yo os adoro.

MARCIÓN.

¡Oxe, putol muchachos, guardá el toro: ¡fuego de Dios! resina, oliéndome vais hoy á chamusquina.

MARCELA.

Bruno, vuestra presencia, discreción, elegancia y suficiencia, desde el dichoso día que os vió para perderse el alma mía en Aviñón de Francia, aunque el amor en mí fué una ignorancia hasta allí no entendida, luego os rendí la libertad y vida,

siguiéndoos en el traje que estoy hasta París, de mi linaje y nobleza olvidada, sólo en vos, Bruno, transformada. Quiso mi poca suerte para darme tormento (si no muerte) que al sacerdocio santo subisteis dando fuentes á mi llanto, y bastara, á ser cuerda, para olvidaros esto, mas recuerda amor con imposibles, en fe de que son llamas invencibles, pues si os amaba antes, ya os adoro con fuerzas tan constantes, que si me sois ingrato, seré de Dido un misero retrato. Laura, pues compañera de mis desdichas eres, sé tercera de mis remedios; dile lo que le quiero, y el cuchillo afile de su crueldad si intenta despreciar el amor que en mí aumenta.

LAURA.

Por vos las dos andamos tierras extrañas que hoy peregrinamos con el disfraz violento que veis. Pues Fénix sois de entendimiento, de voluntad agora lo sed, agradeciendo á quien adora vuestro talle gallardo, que si correspondiente no os aguardo, juzgaré á grosería la ciencia que os ilustra aqueste día.

BRUNO.

¡Oh, invencible hermosura! no hay resistencia para vos segura. ¡Oh, ciegas pretensiones! ¿Qué pretendéis con tantas invenciones? Ni en mi patria bellezas, ya seguras rendidas fortalezas, que á costa de seis años pararon en dañosos desengaños; ni en la guerra, soldado, de amor desnudo escapa Marte airado, pues aun padezco agora persecuciones largas de Visora, sino que hasta en las letras, libros derribas, cátedras penetras. Deidad ciega y desnuda, pues de estado mudé, de intento muda. Ya me acogi á sagrado; del sacerdocio gozo el sacro grado. Mas ¡ay! pasión tirana, ¿qué inmunidad, qué asilo no profana tu fuego, si hay ejemplos de que violentas, como chozas, templos? ¡Pobre de mí, que al paso que intento resistirme, más me abraso!

MARCIÓN.

Si son las dos mujeres, aun no tan malo, pues que gallo eres. Juzgábalos varones, y recelaba en ellos chicharrones. Apretemos con ellas,

¡cuerpo de Dios! si te parecen bellas, si leer determinas, que también el amor paga propinas; y mientras que las cobras, reduciendo palabras á las obras, si *dormit ista tecum*, *ista* me servirá de *pademecum*.

MARCELA.

Responde agradecido, ó márame, si intentas con olvido pagar, Bruno, amor tanto.

(Dentro.) ¡Cuerpo santo!

BRUNO.

¿Qué es esto?

(Dentro.) ¡Cuerpo santo!

### ESCENA V

DICHOS y ROBERTO.

ROBERTO. Murió Dión, si es cordura decir que murió quien vive la vida que le percibe el cielo, y eterna dura.

BRUNO. ¡Válgame el cielo!

ROBERTO. París á voces santo le llama, y divulgando la fama que por las calles oís, desde el plebeyo hasta el noble á su tûmulo se allega, y como á santo le ruega. No hay campana que se doble; antes repicando todas con nunca vistas señales, en vez de honrar funerales, fiestas le aprestan de bodas. Sus ropas cuantos le ven van á cortar á pedazos, y el cuerpo, huesos y brazos quisieran llevar también, á no hacelles resistencia la catedral clerecía, que con su cuerpo este día aumenten la reverencia de su templo, pues que vienen á añadir la devoción con este santo varón de las reliquias que tienen.

BRUNO. Toda es deuda merecida de la mucha santidad de Dión, su cristiandad, limosnas, virtud y vida. Tiene nuestra corte llena de fama que le bendiga; no hay lengua que dél no diga mil bienes.

ROBERTO. París ordena, con un entierro pomposo, que le traigan á palacio, donde los reyes despacio, de su cuerpo milagroso las santas reliquias vean y le admitan por Patrón.

MARCEL. Era un gran santo Dión. Justamente en él se emplean

honras de concurso tanto.

ROBERTO. Ya llegan con él aquí.

MARCEL. Quiérame bien Bruno á mí, y sea ó no Dión santo.

ROBERTO. En la capilla real le depositan, y en ella quieren por favorecella, que con pompa funeral los oficios se le hagan; y que han llegado recelo.

BRUNO. Servicios hechos al cielo de aqueste modo se pagan.

ROBERTO. El Rey y Reina son éstos.

MARC. ¿Cuando dos ninfas amamos, de *requiem*, señor, estamos? Sucesos temo funestos.

### ESCENA VI

BRUNO, MARCIÓN, MARCELA, LAURA, ROBERTO, LUCIO, FILIPO, el REY y la REINA con acompañamiento y estudiantes.

(Traen unas andas y en ellas á Dión, difunto, de clérigo, con bonete y borta. Los Reyes llegan á besar la mano del muerto, y al mismo tiempo arrodillanse Lucio, Filipo y otros.)

REY. Llegad á reverenciar, esposa y señora mía, al santo que en este día nos ha de patrocinar con Dios.

REINA. A quien Él levanta toda majestad se humilla.

ROBERTO. Escuchad, que la capilla el fúnebre oficio canta.

(Cantan dentro.)

*In memoria æterna erit justus: ab auditione mala non timebit.*

(Dión levantándose de medio cuerpo, y echándose luego que habla.)

DIÓN. Por justo y recto jûicio de Dios, Juez Soberano, á jûicio voy.

REINA. ¡Ay, cielo!

REY. ¡Qué portentoso tan extraño!

REINA. Sacad de aquí ese difunto, que no es posible sea santo quien pone en duda espantosa su salvación.

ROBERTO. ¡Gran milagro!

REY. ¡Válgame el cielo! ¿Es posible que un hombre tan estimado en boca de todo el vulgo, y por santo respetado, ejemplo de la virtud, en la doctrina un San Pablo, un San Hilario en la vida, un Gregorio en el recato, un Antonio en penitencia, cuando los nobles, los bajos, desde la cama hasta el cielo subir dichosos pensaron, su salvación ponga en duda, y que él mismo haya afirmado que Dios le llama á su jûicio ante su tribunal santo?

MARCEL. ¡No sé si vivo ó si muero!

LAURA. ¡Las carnes me están temblando!

MARC. De miedo mortal estoy medio desabotonado.

ROBERTO. ¡Hay asombro semejante!

FILIPO. El corazón se me ha helado en medio el pecho.

LUCIO. Mejor es, Filipo, que nos vamos.

REINA. Sacadme de aquí este cuerpo.

BRUNO. Reina y señora, Rey sabio, doctores siempre discretos, escuchadme y sosegaos.

No es digno de tanto asombro lo que veis, puesto que espanto os cause que os hable un muerto, que siempre asombra lo raro. Dión fué en París y en Francia por santo reverenciado, y hasta ahora no tenemos certeza de lo contrario. Que va á jûicio confiesa; ¿qué indicios da de pecados, ni quién dirá por aquesto que Dios le haya condenado? Con su divina justicia ¿quién hay recto, quién hay santo, si con ella David dice que *nemo justificatur*? ¿Pierde el tesoro fiel su crédito y fama en algo porque el Rey le llame á cuentas y al recibo ajuste el cargo? Antes, si sale bien dellas, por prudente y recatado, queda con nombre mayor y con su crédito en salvo.

¿Qué justo puede alabarse que le haya perdonado en el jûicio severo un pensamiento liviano? Podrá ser que este difunto tan bien haya administrado los talentos de su vida, que con Dios cuenta ajustando salga con nombre de fiel, y premiándole su mano, llame testigos el cielo de la gloria que ha ganado.

Por santo le tienen todos: ¿quién será tan temerario, porque Dios le llame á cuentas, que ose afirmar que no es santo? No le ha sentenciado el juez, pues cuentas le está tomando: sepamos cual sale dellas, si libre, si condenado.

No sin causa quiere el cielo que los que viéndole estamos para mayor honra suya, que va á jûicio sepamos.

Prosigan, si vuestra alteza gusta, los oficios sacros, que ya podrá ser que quede del cielo canonizado.

Dices, maestro, muy bien. Hasta agora sólo ha dado

REY.

noticia que va á jûicio; ¿qué hombre hay que alcance tanto, que del Tribunal eterno libre quede, si el más santo teme el dar cuentas á Dios? Jerónimo está temblando con la trompeta al oído y la voz de *levantaos, muertos, á dar á Dios cuenta.* Pues si él tiembla ¿qué me espanto, que, imitándole Dión, nuestro olvido despertando, freno ponga á nuestros vicios, y así quiera escarmentarnos? Prosiga el fúnebre oficio.

MARCEL. ¡Ay, amor torpe y liviano! Si á un santo pide Dios cuenta, ¿qué será de mí?

ROBERTO. ¡Caso raro!

(Cantan dentro.)

«Responde mihi quantas habeo iniquitates et peccata, scelera mea atque delicta ostende mihi.»

(Dión alzándose de nuevo.)

DIÓN. Por justo y recto jûicio de Dios, Juez Soberano, en jûicio estoy.

REY. Volvió segunda vez á avisarnos el aprieto en que se ve.

REINA. Y en mí acrecientan desmayos que me asombran. ¡Santo Dios! ¡qué espantoso y triste caso!

MARC. Marción, desde hoy libro nuevo: no más sisas en el rastro, en la plaza, ni taberna, si con bien de aquesta salgo.

MARCEL. ¡Jesús! Laura, aqueste aviso reprehende mis pecados. Yo haré enmienda en mi vida.

LAURA. Vida nueva desde hoy hago.

REY. Muestre aquí mi real valor el esfuerzo necesario: el fin tengo de saber de aqueste suceso extraño. Pues dice que está en jûicio, el fin que tiene sepamos tan severa y justa cuenta. Prosiga el oficio sacro. (Cantan.)

Responde mihi, etc. (Dión otra vez levantándose.)

DIÓN. Por justo y recto jûicio de Dios, salgo condenado. ¡Jesús sea con nosotros! ¡Jesús mil veces!

REINA. TODOS. ¡Jesús mil veces!

REINA. Huyamos. (Vase.)

noticia que va á jûicio;

¿qué hombre hay que alcance tanto, que del Tribunal eterno libre quede, si el más santo teme el dar cuentas á Dios?

Jerónimo está temblando con la trompeta al oído y la voz de *levantaos, muertos, á dar á Dios cuenta.*

Pues si él tiembla ¿qué me espanto, que, imitándole Dión, nuestro olvido despertando, freno ponga á nuestros vicios, y así quiera escarmentarnos?

Prosiga el fúnebre oficio.

MARCEL. ¡Ay, amor torpe y liviano! Si á un santo pide Dios cuenta, ¿qué será de mí?

ROBERTO. ¡Caso raro!

(Cantan dentro.)

«Responde mihi quantas habeo iniquitates et peccata, scelera mea atque delicta ostende mihi.»

(Dión alzándose de nuevo.)

DIÓN. Por justo y recto jûicio de Dios, Juez Soberano, en jûicio estoy.

REY. Volvió segunda vez á avisarnos el aprieto en que se ve.

REINA. Y en mí acrecientan desmayos que me asombran. ¡Santo Dios! ¡qué espantoso y triste caso!

MARC. Marción, desde hoy libro nuevo: no más sisas en el rastro, en la plaza, ni taberna, si con bien de aquesta salgo.

MARCEL. ¡Jesús! Laura, aqueste aviso reprehende mis pecados. Yo haré enmienda en mi vida.

LAURA. Vida nueva desde hoy hago.

REY. Muestre aquí mi real valor el esfuerzo necesario: el fin tengo de saber de aqueste suceso extraño. Pues dice que está en jûicio, el fin que tiene sepamos tan severa y justa cuenta. Prosiga el oficio sacro. (Cantan.)

Responde mihi, etc. (Dión otra vez levantándose.)

DIÓN. Por justo y recto jûicio de Dios, salgo condenado. ¡Jesús sea con nosotros! ¡Jesús mil veces!

REINA. TODOS. ¡Jesús mil veces!

REINA. Huyamos. (Vase.)

ESCENA VII

DICHOS, menos la REINA.

REY. ¡Oh, ciega opinión del mundo! ¡oh, jûicios temerarios! ¡qué dello hay que saber en un corazón humano! ¿Dión se condenó, cielos? ¿el caritativo, el santo, el recogido, el virtuoso, el humilde, el cuerdo, el casto?

¡Qué diferentes que son,  
Dios eterno y soberano,  
vuestros divinos secretos  
de los nuestros, siempre falsos!

ROBERTO. Yo pienso que la soberbia  
que al querub ha derribado  
y engaña á la hipocresía,  
á Dion ha condenado;  
porque cuando morir quiso  
dijo, loco y temerario,  
más que humilde, justo y cuerdo:  
«No quiero que en este paso,  
según su misericordia  
me juzgue Dios, porque aguardo  
que por rigor de justicia  
me dé el cielo que han ganado  
mis virtudes y paciencia»;  
y quien fla de sí tanto,  
que por santo se averigua,  
condenarse no es milagro.

REY. Si eso dijo, justamente,  
por loco y desatinado  
la justicia le condena  
quien da á la gracia de mano.  
Yo voy tan lleno de asombros,  
como bien desengañado  
de que mientras uno vive,  
hasta en el último paso,  
no puede fiar de sí,  
pues como avisa San Pablo,  
quien está en pie, tenga cuenta  
no caiga, que es todo engaños. (Vase.)

## ESCENA VIII

BRUNO, LUCIO, FILIPO, MARCIÓN, ROBERTO, MARCELA  
Y LAURA.

MARCEL. Al fin se canta la gloria.  
No hay hombre cuerdo á caballo;  
camino es aquesta vida  
llena de enredos y lazos.  
En un monasterio quiero,  
si hasta aquí me he despeñado,  
buscar por sendas estrechas  
otro más seguro y llano.

LAURA. En todo quiero imitarte.  
MARC. Desde hoy me vuelvo ermitaño  
ó motilón de un convento.  
Adios, mundo inmundo y falso.  
(Vanse Marcela, Laura y Marción.)

## ESCENA IX

BRUNO, ROBERTO, LUCIO Y FILIPO.

BRUNO. ¿Qué hacemos aquí suspensos,  
señores? ¿Qué dilatamos  
nuestra salvación? ¿Qué hechizos  
nos desvanecen? ¿Qué encantos?  
¿Qué importan letras y estudios,  
dignidades, honras, grados,  
libros, cátedras, oficios,  
si se condenan los sabios?  
Dichoso el pobre pastor  
que entre el grosero ganado,  
ignorante para el mundo,  
para los discretos zafio,

es para Dios elocuente.  
Decid, ¿qué le aprovecharon  
fama y opinión de bueno  
á quien para Dios fué malo?  
Abrid los míseros ojos;  
no os predicán desengaños  
los vivos ya solamente;  
los muertos nos están dando  
voces y ejemplos seguros.  
Púlpitos son ya de humanos  
los túmulos, desde donde  
un muerto está predicando.  
Si desengaños buscáis  
donde con torpes halagos  
no os divirtáis, el que veis  
es *el mayor desengaño*.  
Dion, tenido en París  
por un vivo simulacro  
de santidad y virtud,  
sin bastarle los trabajos  
de estudios y de desvelos,  
el verse reverenciado  
de los Principes y Reyes,  
de los plebeyos y bajos;  
sin dalle ayuda sus letras,  
magisterios, honras, cargos,  
se condena, y por su boca  
pronuncia su horrendo fallo.  
¿Y esperaremos nosotros  
en las cortes y palacios,  
entre ocasiones lascivas,  
entre tanto enredo y lazo  
salir libres? ¿No es locura?  
Amigos, desengañaos,  
pues el que presente vemos,  
es *el mayor desengaño*.

A vida tan breve y corta,  
á tan inefable plazo,  
á juez tan recto y severo,  
á tan apretados cargos,  
¿no despertamos, señores?  
¿Nos dormimos descuidados?  
¿Nos entretenemos locos?  
¿Nos divertimos ingratos?  
Si un predicador difunto  
no es suficiente á quitarnos  
ventas de los ojos ciegos,  
prisiones de pies y manos,  
¿qué desengaño lo hará?  
¿Tan contumaces estamos  
que ya para convertirnos  
son necesarios milagros?  
¡Oh, mil veces venturosos  
desengaños! Ya me aparto  
de ocasiones, pues he visto  
hoy *el mayor desengaño*.

ROBERTO. A persuasiones tan ciertas,  
¿qué bronce, Bruno, qué mármol  
podrá resistir rebelde?  
Un muerto vivo está dando  
liciones al ambicioso,  
y un vivo, muerto miramos  
en ti, pues al mundo mueres  
y predicás desengaños.  
Pues de los despeñaderos  
nos apartas, vé guiando  
al camino, que nosotros

## ESCENA X

DICHOS, que se pondrán de rodillas. El Papa Hugo  
y un ANGEL.

(Suena música, y aparece sentado en un  
sitial el Papa Hugo, y un Angel ya bajan-  
do por invención, con siete estrellas en la  
mano.)

LUCIO. Un ministro soberano,  
abriendo Dios nuestros ojos  
y su potencia llevando,  
al sucesor de San Pedro  
llega, y con celestes rayos  
consuela nuestro temor:  
¡qué favor tan soberano!  
ANGEL. Piloto, que este gobierno  
de la nave que surcando  
almas para Dios flectúa,  
tienes dichoso en la mano;  
Dios quiere que prevalezca  
á tu sombra y con tu amparo  
una nueva religión,  
que Bruno desengañado  
comienza á fundar agora.  
A tus pies con seis letrados  
que con él el mundo dejan,  
vendrá; procura animarlos,  
que todos siete han de ser  
fundamentos soberanos  
desta fábrica divina,  
significada en los rayos  
destas siete estrellas puras.  
Ya les da sitio y espacio  
el valle de la Cartuja,  
de quien el renombre santo  
tomará su religión.

(Cúbrense con música el Angel.)

EL P. H. Si alista tales soldados  
nuestra militante iglesia,  
postrará viles contrarios.  
Yo les doy mi bendición.

(Cúbrense el Papa.)

BRUNO. Dadme todos esos brazos  
en albricias de mi gozo,  
y en ejecución pongamos  
nuestros propósitos justos.

ROBER. Si escarmienta el cuerdo y sabio  
en desengaños, aqueste  
es *el mayor desengaño*.

LUCIO. Queremos seguir tus pasos.  
Por mi capitán te elijo.  
FILIPO. A tu sombra asegurado  
procuraré desde hoy más  
escarmentar mis pecados.  
BRUNO. Eso sí, amigos discretos;  
en los desiertos y campos  
aún no está un hombre seguro,  
¿cómo lo estará en palacio?  
En ellos Pedro á Dios niega,  
y para llorar agravios  
hechos contra el cielo, busca  
cuevas que ocultan peñascos.  
Lloremos con él nosotros,  
y también con él huyamos  
ocasiones engañosas,  
pues lo son de vuestro daño.  
Una orden de vivir  
muriendo, quiero enseñaros;  
donde aprisionéis sentidos,  
enemigos no excusados;  
freno á la lengua el silencio  
ha de poner, y candados  
á los oídos y ojos,  
si nos despeñan regalos.  
Penitencias nos den vida;  
perpetuo ayuno le mando  
á mi cuerpo, sin que guste  
otro manjar que pescado.  
Prisión y cárcel perpetua  
tendrán á los pies livianos  
á raya, y en su clausura  
darán al alma descanso.  
No ha de entrar mujer jamás  
en parte donde vivamos,  
ni en la iglesia que labremos,  
que así el peligro excusamos.  
Si este modo de vivir  
admits, y como hermanos  
debajo de la conducta  
de Dios, os llamáis soldados,  
respondedme brevemente.  
ROBER. Todos humildes te damos  
la obediencia desde aquí,  
poniendo á tus pies los labios.  
BRUNO. Pues supliquemos á Dios  
ponga su divina mano  
y ayude nuestros principios,  
porque firmes prosigamos.  
Pero, atended; ¿qué es aquesto?